

CAPÍTULO II.

PIDE FRAY GERUNDIO Á SU AMIGO FRAY BLÁS UNA INSTRUCCION
PARA DISPONER EL SERMON DE HONRAS, Y SE
LA DA DIVINA.

MUCHO hubiera convenido prevenir en el capítulo antecedente, que ni en el principio, ni en la carta, ni en su contenido, ni en el carnero, ni en la cántara de vino, tuvo el buen Fray Gerundio más arte ni parte, que hacer lo que su amigo Fray Blas le aconsejó, escribir lo que él mismo le dictó, y enviar el regalito con el piadoso pretexto de limosna que él le sugirió. Es el caso, que luego que el licenciado Flechilla le encargó el dicho sermón, fué luego lleno de alborozo á comunicar su fortuna á su íntimo confidente, el incomparable Fray Blas y puesto caso que á éste no dejó de pellizcarle algun tantico la envidia, acompañada de un si es no es de celillos, porque comenzaba ya á temer que Fray Gerundio en materia de fama le habia de cojer la delantera; y le habia de quitar muchas ganancias, haciéndole cosquillas, que casi á sus mismas barbas, encargasen un sermón no ménos que de 200 reales, á un oradorcillo visoño, que aún apenas le apuntaba el bozo del predicador. Pero al fin, considerando que Fray Gerundio era su discípulo

de púlpito, que la gloria del discípulo se refunde en el maestro, y que hasta del provecho le podia tocar alguna parte, ahogó aquellos impulsos de aquella no muy honrada pasión, mostrando mucho gozo por lo ménos en esto que se veía hácia fuera, le aconsejó sanamente lo que debia hacer, y dictó la carta para el prelado, con todo lo demás que en ella se contiene.

Decimos, y aún lo volvemos á decir, que convenia mucho que todo esto quedase advertido desde el capítulo precedente; porque de esta manera ahorráramos ahora de advertirlo. Pero sobre que muchas veces un pobre historiador se descuida, y sucede tal vez que mientras toma un polvo, en abrir y cerrar la caja, se le vá la especie que tenia entre la pluma; ¿quién sabe si en esta ocasion lo hicimos adredeamente por no interrumpir el hilo de la historia? A lo ménos nosotros estamos en la firme resolucion de no declarrar lo que hubo en esto, para dejar al curioso lector el trabajo de adivinarlo.

Tres dias naturales tardó el propio entre ida y vuelta, en cuyo espacio de tiempo fueron desfilando los huéspedes, retirándose cada cual á su destino respectivo, los dos canónigos á su catedral, el familiar á su casa, el padre vicario á sus monjas, y el fraile y el donado á sus conventos; solo que éste fué primero al mercado de Villamañan, porque tenia que comprar unas cebollas. Vayan benditos de Dios, y la Virgen les acompañe, porque tenian tan ocupada la casa como la hostería, la cual no sabia que hacerse con tantos personajes: especialmente el señor Magistral nos incomodaba un poco, porque su seriedad no gustaba á Fray Gerundio, y hartó será que no

canse tambien á muchos de nuestros lectores. Quedaron pues solos y á sus anchuras nuestro Fray Gerundio y Fray Blas, dueños absolutos de sus cortijos, y teniendo pendientes de sus discreciones al tío Anton Zotes, á la tía Catanla y al licenciado Quijano, que apenas los perdian de vista ni aún de oído.

Cuando vés aquí, que entra por la puerta del corral el deseado propio con un alforjon de libros y la carta del prelado, que venia, como dicen, *á pedir de boca*. Luego que la leyeron los dos camaradas, se dieron reciprocamente muchos abrazos de puro gozo; y aún Fray Blas añadió tambien con religiosa confianza un pescozon y una coz á Fray Gerundio, todo en señal de contentamiento; pero entre todo les cayó en gracia la prevencion del prelado en enviar los libros, no solo porque era señal de la complacencia con que daba su bendicion, sino porque en la realidad se veian sin ellos un poco embarazados, no alcanzando su erudicion de memoria á tanto empeño, y seria chasco verse precisados á retirarse al convento para componer el sermón.

Pasado aquel primer turbion de alegría, dijo Fray Gerundio á Fray Blas, que era preciso retirarse los dos al campo para conferenciar á solas y con libertad sobre el asunto. Que me place, respondió el predicador mayor; y luego que se vieron fuera del lugar (que seria como diez ó doce pasos de distancia, porque la casa de Anton Zotes estaba en el centro del pueblo,) comenzó Fray Gerundio á hablar en esta substancia: Padre predicador, ya sabe V. Paternidad..... Cortóle al punto Fray Blas, y le dijo: Amigo Fray Gerundio, *non bene coherent, neque in una sede*

morantur majestas et amor: Amistad y cumplimiento no caben en un saco. Hasta aquí te he tolerado ese tratamiento, por la tal cual diferencia de edades, pues á lo sumo te llevaré 22 ó 23 años ya no te lo sufriré por lo ménos, cuando los dos nos hallemos mano á mano. Un hombre á quien encargan un sermón de honras que vale 200 reales, bien puede tutearse, no digo con el predicador mayor de una casa matriz, pero con todos los predicadores del Rey: así pues, ceremonias á un lado, y si quieres que en adelante te conteste, trátame como tú. Era dócil Fray Gerundio, y no le costó trabajo conformarse; fuera de que en aquel mismo punto le vino no sé que secreta vanidad y complacencia, de ver que le permitian hobrear no ménos que con un predicador mayor de un convento como el suyo; y aún llegó á presumir que no debia de ser muy inferior en el mérito á quien le hacia tan igual en el trato. Rompió pues, la batalla, y sin detenerse, le dijo: Pues bien está, amigo predicador, y comienzo á darte gusto.

Ya sabes que en toda mi vida no he oído sermón de honras: en Campazas no se usan; en Villaornate no murió persona de importancia, mientras estuve yo en la escuela del cojo: el domine Zancas-Largas no nos habló jamás cosa alguna sobre esta especie de oraciones; cuando fui novicio y artista no se ofreció predicar á este asunto. Sermónarios no he leído sino el *Florilogio*; y en este no hago memoria de haber encontrado sermón de honras ni cosa que sueñe á eso; con que si tú no me alumbras, habré de caminar á tientas. ¡Pecador de mí, dijo Fray Blas, y qué poca memoria tienes! con qué ¿no te acuerdas

de haber leído en el *Florilugio* sermon de honras? Pues, ven acá, badulaque; ¿no haces memoria del famosísimo sermon predicado por el autor en Ciudad-Rodrigo, á las honras del regimiento de Toledo, celebradas por sus soldados difuntos? Yo tampoco ahora tengo presente su contenido; pero así en general me quedó la especie vivísima de que es una de las mejores obras que se encuentran en aquella obra verdaderamente celestial: modelo más acabado para disponer una oracion fúnebre, con todos los primores de que es capaz el arte: modelo más adecuado no es posible que hasta ahora haya salido de humano entendimiento. Vaya, hombre, le interrumpió Fray Gerundio, que soy un bobo; tú tienes razon, y ahora me acuerdo de haberle leído, y tambien me acuerdo que me aturrulló; porque si bien no decian lo que querian decir varias cosas, pero esto mismo me llenaba de estupor, haciéndome acá dentro del alma un eco que me atolondraba las potencias. En volviendo á casa, prosiguió Fray Blas, te haré ver, admirar y penetrar parte por parte sus innumerables primores; puesto que entre los libros que te envió el prelado, advertí por el pergamino que venia el *Florilugio*. Pero entre tanto ¿no me dirás así unas reglitas generales para bandearme?

Soy contento, respondió Fray Blas, y ante todas cosas nunca te olvides lo que te dije en otra ocasion, con la de leer el sermon que prediqué á San Benito en Otero, ó por mejor decir la que tú mismo sacaste en fuerza de tu ingenio, sin que yo te la dijese por expreso; esta es la de acudir siempre á alguno de los fastos, monoloquios, almanaques ó calendarios gen-

tílicos, *sive* *mithologicos*, y ver qué fiesta se celebraba, qué ceremonias ó qué cosa remarcable se hacia en el mismo dia, y aplicarla intrépidamente á tu asunto, sea el que fuere, que eso lo podrás hacer con maravillosa facilidad. Observo que te ha cogido algo de repente el término *remarcable*: no lo extraño, que á mi tambien me sucedió lo mismo la primera vez que le oí; pero ya están los oidos y los ojos hechos á él, que se me hace muy reparable cualquiera cosa notable, que no se llama *remarcable*.

Esta cosa es regla general, y conviene á todo género de asuntos, panegíricos, gratulatorios, exhortatorios ó deprecatorios fúnebres y morales, y aunque prediques el mismo sermon de la Pasion, te puedes aprovechar de ella con una oportunidad que encante. Pero viniendo en particular á sermon de honras, ú oracion fúnebre, que todo viene á ser uno, es indispensable que desde luego echés unas bocanadas de erudición á borbotón sobre el tiempo en que comenzó este género de obsequios á los difuntos, ¿con qué ocasion se dió principio á él? ¿quiénes fueron los primeros inventores, si los indios, los griegos ó los romanos? ¿qué progresos hizo en el discurso del tiempo? y en fin, todo cuanto hacinares en esta materia, ¿será otro tanto oro? porque desde luego captarás la admiracion del auditorio con tu portentosa erudicion. Pero, hombre de los demonios, replicó Fray Gerundio; ¿dónde tengo yo de encontrar tan antiguas y tan recónditas noticias? ¿Piensas que somos todos como tú, que parece tienes presente todo cuanto ha pasado en el mundo, desde Adam hasta el Antecristo? y aunque se hable de la cosa más despre-

ciable ó más ridícula, como si dijéramos de alpargatas, ó de polainas, al punto señalas el inventor, con el año y día fijo en qué comenzaron á usarse?

— Válgame Dios, Fray Gerundio, respondió Fray Blas, y ¡qué monigote que eres! ¿pues no tienes tú á Beterlint, que te socorrerá con abundancia, con cuanta erudicion repentina hayas menester para cualquiera cosa que quieras? A más de esto, ¿no están ahí los Paseracios, los Ambrosios, Calepinos y los diccionarios universales, que hoy se estilan ya en todas las lenguas, los cuales te darán tales noticias históricas y críticas sobre cada palabra, que apénas pueda con ellas tu memoria? Es verdad que los críticos llaman *erudicion de socorro* á este género de erudicion, aludiendo al agua de socorro, con que bautizan los párvulos: más, ¿y qué tenemos con eso? ¿Por ventura, los que bautizan con agua de socorro, substancialmente, no quedan tan bautizados como el Emperador Constantino, que le bautizó el papa San Silvestre, si es que es cierta esta noticia, porque el día de hoy todo se pone en duda? ¿Pues por qué los eruditos de socorro no han de ser tan eruditos, como los que lo son con todas las ceremonias de la Orden? Que te respondan á esta pariedad; y mientras no lo hicieren, que seguramente no lo harán, riete de malignas y envidiosas expresiones.

Estoy en cuenta, dijo Fray Gerundio; pero después de toda la retaila de erudicion, que sin duda acreditará á cualquiera; ¿cómo lo he de aplicar al intento de mi sermón de honras? ¿Cómo he de hacer, que venga á propósito para celebrar la memoria de mi buen Escribano? En poca agua te ahogas, res-

pondió Fray Blas; y un hombre que aplicó todo cuanto quiso, así en las circunstancias del sermón del Sacramento, como en la plática de disciplinantes, me admira que ahora se embarace en una bagatela. Mira, dos opiniones hay, á lo que me acuerdo, que llaman *oraciones fúnebres ó panegíricos* á los difuntos: unos quieren que los inventores primeros de este género fueron los griegos, y aún se adelantan á nombrar quién fué el primero, que dicen que fué Mesco, con ocasion de dar sepultura á los cadáveres de los argivos. Otros atribuyen la gloria de esta agradecida invencion á los romanos, afirmando que la primera oracion fúnebre que se oyó jamás, fué la que pronunció Lucio Bruto, con ocasion de la muerte de la casta Lucrecia, con la cual encendió tanto el ánimo de los romanos contra el soberbio Tarquino, que le arrojaron del trono, y se fundó la República 509 años ántes del nacimiento de Cristo. Algunos se esfuerzan á conciliar estas dos opiniones, diciendo que los griegos fueron en rigor los primeros inventores de estos elogios fúnebres; pero limitándoles precisamente á los que habian muerto en la guerra en defensa de la patria, y los romanos fueron los que los extendieron á todos los claros varones que habian sido eminentes en otras virtudes, aunque no fueron militares, ó que habian hecho algun considerable servicio á la patria ó al estado.

Tú no te detengas en esta cuestion inútil, aunque convendrá que no dejes de apuntarla, para que entiendan que sabes mucho más de lo que dices, y añadirás luego con despejo y arrogancia: « Ahora se con-
« sagren los panegíricos póstumos á las armas; ahora

« se dediquen á las letras, ahora se destinen á cualesquiera otras virtudes, en que florecieron los clarísimos varones. Siempre se deben de justicia estos póstumos fúnebres y preciosos elogios á nuestro Domingo Conejo (así se llamaba el Escribano, que Dios haya.) Si á las armas: mirésele continuamente con el cuchillo en la mano, tajando plumas, como pudiera moros, turcos y judíos. Si á las letras: ¿quién formó más ni con más airosos rasgos en toda la redondez? Regístrense sinó estos inmensos protocolos. ¿Si á las demás heróicas virtudes, que hacen reventar al clarín de la fama por lo más ancho de la bocina? señálese siquiera una en que no hubiese sido el *non plus ultra* nuestro plangibilísimo Conejo.»

Hombre de Satanás, replicó Fray Gerundio, lo de las armas y de las letras está aplicado, que ni el mismo *Florilugio*; pero lo de las demás virtudes; ¿cómo se puede decir, sin que el diablo y el auditorio se rían de la mentira? ¿No vés (pecador de mí) que en los apuntamientos del licenciado Flechilla, se dice clarísimamente, que el Escribano (Dios le haya perdonado) era un mal hombre, falsario, embustero, enredador, cizañero, ladrón con sus polvillos de hipocresía? ¿Y en esto te detiene? respondió Fray Blas, con cierto airecito de fisga: cada día eres más cuitado, y temo que has de dar en escrupuloso. ¿Pues hay más que bautizar esos vicios con el nombre de virtudes? y cátao todo compuesto. Dí que ninguno le excedió en la condescendencia, que pocos le igualaron en el ingenio, que á nadie concedió ventajas en lo penetrativo, que fué único en la persuasión, y que en

orden á defender sus derechos, no solo no admitió igual, sino que tampoco le rayase ninguno. Vés ahí desfigurados sus vicios, y representados á la moda en traje de virtudes morales, con lo que ninguno te podrá hablar una palabra; y aún está á pique que al acabar la oración fúnebre, alguna viejecilla simple se encomiende devotamente al santo escribano Conejo. Y en fin, cuando todo turbio corra; ¿á tí, qué te cuesta fingir en el difunto las virtudes que vinieren más á punto, según los materiales que te vinieren más á mano? Pues si no las tuvo, á lo ménos las debía tener. ¿Piensas tú, que serás el primero que lo hace? Mucho te engañas en eso: hombre he visto ya de mucho provecho, lo practican á cada paso, sin que por eso pierdan el casamiento y nada del respeto que se les debe. Hay en cierta parte del mundo un gremio digno de toda veneración, donde se acostumbra hacer honras y predicar su oración fúnebre por cualquiera individuo de él, mas que muera de la otra parte del cabo del mundo. Ya se vé, pensar que son canonizables todos los miembros de aquel respetable gremio, sería un juicio que se pasaria de puro piadoso: con todo eso apenas se lee ni se oye oración fúnebre de alguno (porque las más se imprimen) que al oyente, ó al lector no le dé gana de hacerle una novena con culto privado, siendo así que tal vez caen las oraciones en sujetos, que los que en su vida no hicieron milagros, los hacen después de muertos. ¿Cómo se hace esto tan lindamente? Poniendo el orador de su casa lo que faltó al difunto, y que éste le agradezca la buena voluntad. O señor, que esto será engañar al público, y con engaño muy

perjudicial. Escrúpulos de Fray Gargajo. ¿No se vé en todo el mundo, que la prenda primera de todo buen orador debe ser la que se llama *invencion*? Esto quiere decir, que el buen orador ha de inventar lo que alaba, y es claro que si lo encuentra en el sujeto á quien elogia, no lo inventa el que lo refiere.

Un poco le disonó esto á Fray Gerundio, oliéndole á grandísimo disparate, y así no se pudo contener sin interrumpirle, diciendo: Fray Blas, yo pienso que estás un si es no es equivocado, y confundes la invencion con la funcion, cosas entré sí muy distintas y muy distantes. Hago alguna memoria de que cuando el dómine Zancas-Largas nos explicó esto de la invencion, no nos dió el sentido que tú la das, y nos dijo que la invencion era aquella virtud ó gracia intelectual, en fuerza de la cual el orador queriendo engrandecer algun hecho cierto, buscaba con arte, medios, arbitrios y modos oportunos para amplificarle y para engrandecerle; á los cuales modos, arbitrios ó medios llamaba él, *fuentes de la invencion*; por señas que aún todavía me acuerdo bien de las tales fuentes, porque me costó el aprenderlas un par de vueltas de azotes; y así decía, que las fuentes de la invencion eran, la 1.^a la historia, 2.^a los apólogos y las parábolas; la 3.^a los adagios y refranes; la 4.^a los *geroglíficos*; la 5.^a los emblemas; la 6.^a los testimonios antiguos, la 7.^a los dichos graves y sentenciosos; la 8.^a las leyes; la 9.^a la Sagrada Escritura; la 10.^a el discurso ó el acierto ó descripción de lugares. Así explicaba esto de la invencion; pero nunca nos dijo, que la invencion del orador consistia en inventar, fingir lo que habia de alabar; ántes bien si

no me engaño mucho: nos inculcaba, que eso de fingir se reservaba para los poetas.

No gustó mucho Fray Blas de la tal réplica, porque efectivamente conoció de los botones adentro el disparate; mas como era fuerte, se empeñó en llevarle adelante, y así le dijo con sobrado sacudimiento: Válgate el diantre por tu dómine Zancas-Largas, que ya me tienes geringados los ijares. Este dómine zancarron te engañó, diciéndote que el fingir era propio de los poetas; tambien lo debe ser de los oradores; por cuanto no puede ser buen orador, sin que sea buen poeta: así lo dice Ciceron, aunque no me acuerdo donde; pero basta que yo lo diga, que no ha de ir un hombre con las mangas cargadas de citas cuando se sale á pasear.

Calló Fray Gerundio, viendo á su amigo algo amostazado, y éste prosiguió: Lo dicho dicho: el alabar á los difuntos, ya sea en oraciones fúnebres, ya en episodios poéticos, cantados en su loor; y fingir las virtudes que no tuvieron, no es cosa de ayer acá, ni es invencion de modernos. Ahí está uno de tantos Sénecas como andan por esas librerías (pienso que ha de ser el trágico el cual debió de llamarse así, porque su padre se llamaba *Tragon*;) digo que ahí está este tal Séneca, que introduce á los poetas de su tiempo llorando la muerte del Emperador Claudio Druso, diciendo de él una máquina de proezas, que jamás le pasaron por el pensamiento al bueno del Emperador. Más que rabies, te he de encajar, que quieras que no quieras, el himno que supone compusieron en su alabanza, y solo porque me gustó el sonsonete, pareciéndose al de *Iste confesor Domini*

colentes; le tomé de memoria, dice pues así:

Por justos motivos no se pone á la letra el himno que se cita arriba.

No quiero cargos de conciencia, y soy hombre sincero; confiésete que esto era demasiado latin para mi gramática, y que no le entendí, sino muy en monton, y como dicen á media rienda. Pero me deparó Dios un lector de nuestro orden, que por más de tres años habia sido Rey en el general de mayores de Villagarcía, el cual me declaró su contenido, y parece ser que en el tal himno se alaba al Emperador Claudio, de haber sido muy prudente, de grandes fuerzas, de suma claridad, y de tanto valor, que sujetó á los persas, rindió á los medos, subyugó á los britanos, extendió los límites del Imperio Romano de la otra parte del Ponto, y obligó hasta el mismo Océano, á que obedeciese á sus leyes. Esto dice el himno. ¿Mas qué hubo en esto? Nada en conclusion; porque yo leí en un libro viejo sin principio ni fin, de grande autoridad, que el Emperador Claudio fué un estúpido, tanto, que su misma madre Antonia, cuando queria ponderar la simpleza de alguno, decia; *Es tan simple, como mi hijo Claudio.* En todo su imperio, no hizo cosa de provecho, sino comer, beber y tratar con la gente más vil y despreciable. Es cierto que su hijo Británico triunfó de los britanos, porque los cogió desprevenidos, y acabáronse todas sus hazañas. Casóse cuatro veces, y se hubiera casado cuatrocientas, si su sobrina y cuarta mujer Agripina no hubiera tenido cuidado de enviudar á-

tes de tiempo, quitándole la vida con veneno. Adoptó á Neron hijastro suyo, sin hacer caso de Británico su hijo, y á esto se redujeron sus proezas. ¿Con todo eso el poeta hizo bien en fingir todas aquellas prendas que le parecieron propias de un grande emperador, y celebróle por ellas, más que nunca las hubiera tenido, que eso no fué culpa del panegirista, y nadie le quitó que las tuviese? ¿Pues qué razon habrá divina ni humana, para que tú no hagas lo mismo con el escribano Conejo? Tus argumentos son tales, respondió Fray Gerundio, que no los desatará una universidad entera en cuerpo y alma. No admiten réplica, y así no solo me conformaré á ciegas con tu dictámen, sino que en este punto me ocurre un modo más fácil de predicar mil sermones de honras á mil escribanos que cayesen en mis manos. ¿Cómo así? le preguntó Fray Blas. . . .